

Experiencias subjetivas e identitarias de la vejez

Presentación

El presente número de *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, titulado *Experiencias subjetivas e identitarias de la vejez*, nos invita a reflexionar y cuestionar aquellas significaciones que conciben la *vejez* como sinónimo de desgaste, decrepitud, debilidad y pérdida de fuerzas, para dar lugar a nuevas formas de significación articuladas a la riqueza y diversidad de experiencias en una multiplicidad de contextos en los que se desarrolla la vida de las y los adultos mayores.

Consideramos, en sintonía con lo que se propone desde planteamientos teóricos y metodológicos como los conocimientos situados, que es imposible referirnos a la vejez de manera homogeneizante y sin reconocer las singularidades que remiten a contextos histórico-sociales particulares, procesos identitarios, ámbitos familiares, afectos, entre otros.

Es necesario referirnos a las *vejeces*, en plural, reconociendo la necesidad de dar lugar a otras formas de significación no estereotipadas que den cuenta de la diversidad de experiencias y modos de subjetivación que dotan de sentidos distintos la vida de quienes experimentan esta etapa de la vida. ¿Cómo significar la vejez? ¿Cuáles son sus trayectos subjetivantes, expresados en prácticas singulares y/o colectivas? ¿Cómo se experimenta la vejez desde el género y la orientación sexual no heteronormada?

Muy poco conocemos de estos otros modos de experimentar las vejeces, así como de sus implicaciones en las formas de vincularse, su participación comunitaria, sus expresiones de resistencia y su sexualidad.

De esta forma, los artículos que presentamos en este número abordan de manera crítica las formas en las que se ha entendido la vejez y como éstas se cristalizan en políticas gubernamentales, imágenes visuales y lingüísticas estereotipadas, discriminadoras y violentas.

Por otro lado, también nos presenta experiencias situadas de mujeres y hombres que, por medio de prácticas concretas, de vínculos, música y apropiación de sus cuerpos y su sexualidad, así como de experiencias colectivas, resisten a dichas significaciones.

En este sentido, Fabiola Escamilla reflexiona sobre el significado de la vejez a partir del planteamiento foucaultiano sobre la biopolítica y profundiza en el discurso de la medicina, en tanto disciplina normalizadora que configura los cuerpos sanos y jóvenes como deseables y a la vejez como una enfermedad, algo que debe ser tratado. Así, se da lugar a la medicalización de la vida de las y los adultos mayores, diagnosticados como cuerpos enfermos. No obstante, Escamilla resalta la relación existente entre las fuerzas del poder disciplinario y la voluntad de los sujetos que resisten a ello.

Araceli Dennise Díaz y Karla Jeanette Chacón continúan la reflexión sobre las formas en las que el cuerpo es significado en un sistema capitalista que privilegia la eficacia, la belleza y la salud, atributos asociados a la juventud, por encima de la vejez. Los cuerpos envejecidos son objeto de violencia y discriminación, estereotipados por la edad y en negación de su capacidad para el trabajo y su vida sexual. Desde narrativas propias de mujeres y hombres en contextos semiurbanos de Chiapas, las autoras reflexionan sobre las formas en que cuestionan estas significaciones, recreando prácticas corporales que resisten a la invisibilización de sus cuerpos y de su agencia.

Por su parte, Montserrat Olvera y María de la Luz Martínez nos presentan un análisis muy pertinente que enfatiza la necesidad de distinguir entre el envejecimiento como un proceso y la vejez como una etapa. En este sentido, insisten en que es necesario reconocer una diversidad de procesos que, siempre situados socialmente, producen diversas subjetividades y discursos que nos permiten comprender la vejez como una experiencia social. Al incorporar la perspectiva de género, las autoras dan cuenta de la importancia de las redes de apoyo social y el impacto que tienen en las formas de subjetivación en las vejeces, en Tlaxcala, México. En esta diversidad de vejeces, resaltan, también, aquellas que resisten o buscan transformar su realidad.

Sin duda, el arte, y en este caso particular la música, configura un modo de subjetivación, una forma de habitar el mundo y de otorgar sentido a la propia experiencia. En este sentido, Diana Gabriela Terán nos adentra al mundo del son y el huapango tuxtecos, al recuperar los relatos biográficos de distintas personas mayores que, a partir de la experiencia musical compartida, posibilitan encuentros intergeneracionales, vínculos y saberes que dotan de sentidos diversos su vivencia en relación con la vejez.

Por su parte, Guillermo Vadillo nos transporta a las comunidades zapotecas de El Rincón en la Sierra Juárez de Oaxaca. El autor acompañó durante varios años a la banda de viento Morelos, de Santiago Yagallo, en su participación en distintas fiestas patronales de la región. A partir de los relatos de los músicos y de la comunidad, Vadillo reflexiona sobre el significado de la vejez, desde la memoria colectiva y el cuerpo.

Por otra parte, respecto de una experiencia poco reconocida y nombrada en la vejez, Abraham Nemesio Serrato y Ana Margarita Fernández, reflexionan sobre las experiencias sexo-afectivas no heteronormadas en esta etapa de la vida. En el primer caso, el autor da cuenta de las reflexiones de un grupo de hombres homosexuales y gais, sobre temas como la salud, la jubilación, la familia, entre otros, todo ello atravesado por una orientación sexual o identidad de género no normativa. Por su parte, la autora recurre a la gerontología feminista para desmitificar y repensar la vejez, a partir de las historias de vida de ocho mujeres lesbianas, mayores de 60 años, que radican en Bogotá. Lesbiana, adulta mayor y vieja serán las significaciones a partir de las cuales estas mujeres se distancian, en tanto que, de acuerdo con la autora, operan mecanismos de desidentificación a lo largo de la vida, configurando otras formas de referirse a sí mismas con relación a su edad y su lesbianismo.

Como ya referimos antes, la vejez en tanto experiencia está siempre situada; en este sentido, Angélica Rodríguez y María Alejandra Salguero, desde una metodología cualitativa, la narrativa gerontológica y el método biográfico-narrativo, recuperan las experiencias, los significados y las vivencias de ser un hombre, viejo y migrante indo-

cumentado. El análisis articula los efectos del trabajo en el cuerpo y la salud mental, así como los aprendizajes en torno a la masculinidad.

Fernando Rada y Mariana Cataldi se remiten a las experiencias de la comunidad gitana con relación a su vejez para reflexionar en torno a la etnia, el género y la discriminación como aspectos importantes que inciden en las formas en las que se experimenta la vejez, de manera diferenciada y en este caso en particular, al pertenecer a una minoría que ha sido históricamente estigmatizada.

Por otro lado, Dulce María García Lizárraga nos propone reflexionar sobre las formas en las que se construye un imaginario social sobre la vejez, reforzando estereotipos y discriminación. Para ello, reflexiona a partir de iconografías lingüísticas y visuales, incorporando referentes de la literatura, la pintura y la cultura popular. Así, cuestiona las formas de representar la vejez para construir nuevas maneras no estereotipadas y limitantes.

En el apartado de Convergencias, Yolanda Corona-Caraveo y Carlos Pérez destacan los impactos que la pandemia por Covid-19 ha tenido en niñas, niños y adolescentes. Ante las medidas de confinamiento declaradas, algunos de los derechos de esta población se vieron trastocados, lo cual ha tenido efectos en su desarrollo. De esta forma, la autora y el autor reflexionan sobre la importancia del juego, la escuela y el espacio doméstico a partir de los testimonios de niñas y niños sobre su experiencia en este contexto.

En la sección de Documentos, Myriam Cardozo caracteriza a la sociedad mexicana como una sociedad de envejecimiento, examina el concepto de vejez y compara, a partir del análisis de datos demográficos y entrevistas, las condiciones de vida de quienes siguen laborando y quienes se han jubilado. En este contexto, reflexiona sobre las condiciones materiales de las y los adultos mayores, y los efectos de esto en su salud emocional.

Por su parte, Virginia Ramírez nos presenta algunas reflexiones derivadas de su experiencia de campo con mujeres Cis y Trans de la tercera edad que se dedican al trabajo sexual. Aborda el problema de la precarización y las violencias que estas mujeres han sufrido a lo largo de la vida, así como la manera en que experimentan su vejez.

Desde otras latitudes, Corina Soliverz y María Julia Xifra nos llevan al contexto argentino para resaltar la importancia y el valor positivo que tienen los centros de jubilados como espacios de inclusión, pertenencia y resistencia. Así mismo, destacan la necesidad de analizar el fenómeno del envejecimiento desde una mirada interseccional que reconozca género, clase social, entre otros, para visibilizar la diversidad de vejez. En este sentido, enfatizan en la experiencia de las mujeres y destacan el papel del género en los procesos de envejecimiento.

Para cerrar este número, Raquel Aguilar nos invita a “arriesgar nuestras certezas” al adentrarnos en el libro de Zenia Yébenes: *Indicios visionarios para una prehistoria de la alucinación*; María Guadalupe Hernández y Adriana María Ulloa nos acarician con un poema que transmite las interrogantes sobre la vejez, y Leticia Flores nos transporta al misterio de *Un lugar azul*, su capacidad de borrar lo gris y provocar los encuentros menos pensados.

Aída Robles Rendón